

CUBA, VICTORIA DEL PUEBLO

por Sebastián Salazar Bondy

La revolución cubana no podía ser vencida, y ello menos por causa de las armas que Fidel Castro puso en las manos del pueblo, que por el fervor que en las masas ha inspirado la justicia social establecida en la isla tras la derrota primero de Batista y luego de la oligarquía asociada con el imperialismo. Un examen de la composición de los grupos de exilados, localizados principalmente en Miami, permite concluir, sin mucho esfuerzo, que se hallan integrados por tres tipos de individuos: militares y gangsters que, bajo las dictaduras, ejercieron su indiscutible poder de violencia contra la población mayoritaria; ricos propietarios, clientes de las empresas extranjeras, sobre todo norteamericanas, y servidores privilegiados de ellos, y descontentos, por último, con la transformación que ha eliminado los parásitos que viven de la pequeña renta rural urbana, de los sueldos urgentes que remuneran la incondicionalidad más que la eficiencia. De este deshecho han proveniendo también las columnas de invasores a los cuales aviones, embarcaciones y armas le han sido proporcionados por los capitalistas que habían convertido a Cuba en un feudo o una factoría y a La Habana en el prostíbulo del "week end" tropical. El gobierno norteamericano hizo la vista gorda con la preparación de la aventura y le prestó, en el menos culpable de los casos, su pleno apoyo político. Mercenarios y soldadesca de detritus completaron esas fuerzas, tras de las cuales los voraces "trusts" de Wall Street se disponían a la reconquista de sus propiedades coloniales.

Castro y su pueblo han derrotado a ese ejército sin fe en nada, ni siquiera en esa "democracia" que proclamaba y en la cual, con ser tan poca cosa, no creía. Obreros, campesinos, mujeres, estudiantes, intelectuales, con las armas en la mano (sí, con armas brindadas por la URSS, por Checoeslovaquia, por China, pero manejadas por el pulso popular cubano), deshicieron la maniobra asesina y también la otra, la de papel, que inundó las columnas de los diarios con noticias ambiguas, pintorescas y en su mayoría falsas. El crimen y la mentira del brazo por América, paseando su impudor. En la isla, la justicia (tierra, casa, pan, educación para las masas) y la verdad (el trabajo colectivo es la única fuente del bienestar y el progreso) pusieron en fuga a los rodri-gones del imperialismo, mientras sus jefes, lejos del peligro, declaraban pomposamente la próxima vuelta de Cuba a la vil servidumbre. Victoria del pueblo, la de Cuba, victoria de la sardina sobre el tiburón. Una frase memorable de un gran anti-imperialista se ha cumplido: "El imperialismo es un tigre de papel".

La monserga de la necesidad de una rápida convocatoria de elecciones en la Cuba de Fidel acabará y, al fin, de ser cacareada por quienes reducen el problema de la liberación de una nación a los tejemanejes de los tradicionales capituleros. El triunfo de Cuba Revolucionaria ha sido un plebiscito. El pueblo ha dicho ¡no! a los representantes del antiguo régimen, gentes de mente sometida, de corazón egoísta, de alma mercada por un puñado de dólares. Ha dicho, una vez más: ¡Patria o muerte!, la disyuntiva perentoria de todos los pueblos de este continente mil veces vejado por las potencias intrusas e insaciables; la disyuntiva, en fin, de Africa y Asia, que en esta hora, la hora de la victoria del pueblo guajiro, celebran regocijadas el ocaso del dominio indiscutible de una nación rica e insensible sobre el resto del mundo y la aurora de una era de confraternidad y paz entre los hombres libres.